

1. **Tres nombres inusuales en España: Radiante, Rodinia y Adalber.** Saciemos la curiosidad

Comarca de La Cepeda, provincia de León. Año de gracia de 2008. Elecciones Generales al Parlamento y al Senado de España. Jornada de reflexión: Adal entró en el Ayuntamiento; era una casa antigua de una sola planta hecha con piedra y madera, como la construcción típica de la zona. En el interior no se veía a nadie.

—Radiante, ¿dónde estás?

Se escucharon unos pasos acelerados.

—Radiante, ¿eres tú?

Por el pasillo salió una mujer de cabellos largos y rizados, color caoba, que se acercó hasta Adal para darle un beso breve de bienvenida en los labios.

—Hola membrillo, espera que envío unos informes por internet y nos vamos.

*Membrillo*<sup>[1]</sup> era el término cariñoso con el que Radiante le llamaba a consecuencia de las propiedades que ella veía en el dulce de esta fruta.

—Eres como el membrillo amor mío —solía decirle— dulce, tierno y morenito.

—¿Que tal se te ha dado hoy? —preguntó Adal.

—Bien y mal —respondió Radiante.

—Entonces regular...

—No, regular no se me ha dado nada; unas cosas me han ido bien y otras mal, pero regular ninguna —contestó Radiante en tono un tanto alterado.

—Bueno, mujer...

—Es que últimamente con esto de las elecciones siempre estás haciendo la media de todo, y eso no es siempre así.

Adal hizo una mueca dando a entender que no quería entablar ninguna discusión. Era un joven de casi veinticinco años.

Su nombre era, en realidad, Adalber. Sus padres se lo pusieron porque nació un 23 de abril, y el día también coincidía con el santoral. Así se mataban dos pájaros de un tiro. La razón no fue economizar. Por principios, soportaban lo imprescindible de las típicas celebraciones y compromi-

[1] En Grecia los membrilleros estaban consagrados a Afrodita, la diosa del amor. Este fruto era el símbolo del amor y fecundidad,

y los recién casados debían de comer uno antes de entrar en la habitación nupcial.

Los “insoporsociales”, como ellos decían.

Radiante era una mujer con un año menos; como en el caso de Adal, sus padres le llamaron así porque había nacido un 13 de agosto, y porque también coincidía con el santoral. Les gustó y decidieron bautizarla con ese nombre, no sin alguna que otra reticencia por parte del cura, quien finalmente consultó su significado en latín: “Aquella de una belleza resplandeciente”; miró a la carita de la niña y, a continuación, accedió a bautizarla.

La hija de ambos, Rodinia<sup>[2]</sup>, había nacido un dos de enero. Sus padres tenían claro que naciera el día que naciera, le pondrían ese nombre. Lo eligieron para que su hija representase alegóricamente ocho principios: Solidaridad, Respeto, Libertad, Justicia, Derechos del ser humano, Derechos de los seres vivos, Derechos de la naturaleza y Compromiso con la divulgación de Internet para proporcionar una sociedad mejor.

—¿Te ayudo en algo? —preguntó Adal en tono conciliador.

—No, déjalo cariño, prefiero no entretenerme más; envíalo por internet y nos vamos; tengo ganas de recoger a Rodinia —respondió Radiante más calmada.

—Espero afuera.

Radiante con el ceño fruncido y el aspecto un tanto convulso, pulsó la tecla “intro” del ordenador y quedó pensativa. Los recuerdos se agolparon en su mente...

[2] Rodinia: supercontinente que comprendía todas las tierras emergidas hace millones de años y que más tarde comenzó a desgajarse en otros 8 continentes.